

perspectivas y tareas del movimiento por la paz

Ildfonso Camacho

En un artículo reciente, en que analizábamos la Iniciativa de Defensa Estratégica norteamericana desde el punto de vista ético de la construcción de la paz, después de exponer las novedades del proyecto como fruto de los adelantos técnicos, terminábamos con estas palabras: "No es una técnica más avanzada lo que pondrá las bases de una paz más duradera, sino un espíritu más fraternal entre los hombres y entre las naciones"¹. Las páginas que siguen pretenden mostrar algunas vías prácticas para que ese espíritu pueda producir una alternativa de defensa que constituya un enfoque nuevo por relación a lo que la popularmente llamada "Guerra de las Galaxias" significa.

En dicho artículo intentábamos mostrar que la Iniciativa de Defensa Estratégica, a pesar de sus novedades, no representa un cambio radical en la dinámica armamentista de las grandes potencias. Y esto es lo grave: que, ni aun introduciendo estas novedades en el enfoque de la defensa militar, es previsible que pueda reducirse la tensión y la amenaza entre los bloques. Por ahí no hay perspectivas de avanzar hacia la meta de una paz estable y duradera. ¿Por dónde entonces? Esperamos, en las páginas que siguen, entreabrir algunos horizontes. Al menos a corto plazo, no nos atreveríamos a llamarlos **alternativas**. Suponen una tarea de largo alcance, cuyos frutos más maduros probablemente no llegarán a ver nuestras generaciones, pero una tarea en que todos desde ahora podemos y debemos participar. Nos hemos acostumbrado demasiado a considerar la defensa como una responsabilidad exclusiva de grupos profesionales. Hoy todo apunta hacia una revisión de tales hábitos: todo ciudadano, y el creyente por motivos especiales, está llamado a intervenir asumiendo su parte de responsabilidad. Esto exige información, sensibilidad y un cambio de raíz en muchas de nuestras formas de pensar. ¡Ojalá lo que sigue contribuya a ello!

La reacción del pacifismo radical

El movimiento pacifista no es de ahora. Tiene una larga historia, muy vinculada en sus orígenes a las iglesias cristianas; recuérdese, por ejemplo, la negativa de

(1) Cf. *La guerra de las galaxias y la construcción de la paz*. Proyección 33 (1986) 253-264.

muchos cristianos primitivos al servicio militar como rechazo al uso de la violencia. Con el transcurso de los siglos dicho movimiento ha sufrido una doble evolución. En primer lugar, se transforma de movimiento de inspiración religiosa en otro de carácter humanista: en este cambio tuvieron una decisiva importancia John Fox (siglo XVII) y los cuáqueros. Pero además el pacifismo, que en otros tiempos impulsaba a sus seguidores a apartarse de la sociedad, ha pasado a ser en época reciente un movimiento de masas que busca a través de la actuación en la vida social (y política) una verdadera transformación de la sociedad².

Sin embargo el pacifismo ha experimentado una reactivación espectacular con ocasión de dos hechos muy recientes: en los Estados Unidos, la guerra de Vietnam y su precipitado final; en Centroeuropa, el despliegue de los euromisiles como respuesta de la OTAN a la instalación de los SS-20 soviéticos³. La reacción de los grupos pacifistas se ha caracterizado no sólo por el eco que ha despertado, sino sobre todo por su radicalismo: supone un rechazo global y sin paliativos de la actual carrera armamentista y todo lo que ésta supone. En su versión más extremista, los pacifistas propugnan el desarme unilateral, que es la forma más drástica de cortar por lo sano. Subrayan cómo, mientras pueblos enteros difícilmente alcanzan unas condiciones mínimas para la supervivencia, las grandes potencias (y otras que no lo son) gastan sumas astronómicas en la investigación y la fabricación de armamento absorbiendo para estas tareas recursos materiales y humanos que podrían emplearse para resolver los grandes problemas de la humanidad (malnutrición, incultura, sanidad ...). Ante esta contradicción tan escandalosa no cabe más alternativa que la de un corte radical. Porque además, y este argumento ha sido utilizado con frecuencia y de una forma muy espectacular, la carrera armamentista no conduce sino a una amenaza de exterminio global para pueblos enteros e incluso para toda la humanidad. Por muy grande que sea la amenaza de un Occidente indefenso frente a la Unión Soviética, mayores serían los males derivados de una guerra nuclear. Esto es lo que expresó Bertrand Russell con su famoso "Antes rojos que muertos": preferible es soportar una invasión soviética que exponer la vida de pueblos enteros en un enfrentamiento nuclear.

En realidad, estas posturas que acabamos de resumir no son comunes a todos los grupos que se integran dentro del movimiento pacifista. Constituyen, como ya decíamos, la posición más extrema. Y es justo subrayarlo de nuevo. Porque nuestra intención es mostrar la riqueza de orientaciones que se entremezclan entre los denominados "pacifistas". Esta, la más radical, es interesante como punto de partida de

(2) Cf. para todo esto R. H. BAINTON, *Actitudes cristianas ante la guerra y la paz*, Tecnos 1963; J. JOBLIN, *Les mouvements de la paix*, *Esprit et Vie* 95 (1985) 65-71, 81-88; A. RODRIGUEZ, *Aproximación histórica a la experiencia de los movimientos pacifistas de Occidente*, *Documentación Social* 52 (julio-septiembre 1983) 113-132.

(3) La decisión soviética se llevó a cabo a partir de 1977; la respuesta de la OTAN, anunciada en 1979, prevé la instalación efectiva de los misiles entre 1983 y 1987. La novedad principal de estas decisiones consiste en convertir Centroeuropa en escenario de una guerra nuclear basada en el uso de estas nuevas armas de gran precisión (sobre todo las americanas), pero cuyo alcance no es suficiente para un ataque intercontinental.

nuestras reflexiones, en la medida en que representa la alternativa absoluta a la forma más generalizada de entender la defensa en el momento actual.

Es conveniente también señalar la presencia de grupos creyentes en este ámbito de pacifismo radical. Es quizás en Alemania Federal, y a partir de la decisión sobre los euromisiles, donde más activos se han mostrado estos grupos. Buscan su inspiración en el Evangelio mismo, y encuentran en el precepto del amor al enemigo la clave de un cambio personal que modifique las relaciones sociales. Este es sin duda el punto más característico, y a la vez el más discutible: el paso de las actitudes personales a las sociales. Piensan ellos que el amor al enemigo exige quitarle la angustia que yo le produzco con mi amenaza y convertirla en confianza: y que esto, cuyo funcionamiento es fácil de comprender en las relaciones interpersonales, debe traducirse en una actuación colectiva de desarme unilateral como primer paso de toda sociedad que quiere eliminar la angustia y generar la confianza en su potencial adversario. ¿Cuándo vamos, si no, a poner en práctica aquello de "No hagáis frente a quien os hace mal" (Mt 5, 39)?⁴

Algunas interrogantes ante el pacifismo radical

Aunque las manifestaciones de estos grupos impactan en un primer momento, una reflexión más reposada sobre ellas suscita ciertas reservas. ¿Es posible que la confianza en el Evangelio nos lleve a un desprecio tan tajante de una elemental prudencia humana? ¿Puede aplicarse sin más esa forma de entender las relaciones interpersonales que oscila entre la amenaza y la confianza (y que es, por otra parte, tan sugerente) a las relaciones entre los pueblos y entre las naciones? ¿No estamos llevando a cabo una extrapolación indebida? ¿Puede utilizarse el Evangelio de esa forma tan directa, sin ninguna atención a las mediaciones de las ciencias para resolver problemas tan complejos como la carrera de armamentos y el equilibrio entre los bloques? ¿No estamos volviendo a un cierto fundamentalismo religioso, una postura que la historia nos ha mostrado ser tan peligrosa?⁵.

A estas razones, que en el fondo cuestionan una determinada forma de interpretar el Evangelio (y la Sagrada Escritura, en general), vienen a añadirse otras de

- (4) Cf. por ejemplo, un libro tan leído estos últimos años en Alemania como F. ALT, *Frieden ist möglich. Die Politik der Bergpredigt*, München-Zürich 1983; en una línea parecida, aunque no carente de cierta ambigüedad, J. R. EZQUERRA, *Aportación de los movimientos pacifistas*, Misión Abierta (1986/1) 79-84. El libro de Alt y otros que se sitúan en el marco de la misma polémica en Alemania son analizados y valorados por J. BOADA, *El pacifismo. ¿La credibilidad de la Iglesia en el mundo actual?* Actualidad Bibliográfica 21 (1984) 82-111.
- (5) En efecto, tales orientaciones han sido criticadas por los obispos alemanes en su reciente pastoral sobre la paz. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *La justicia construye la paz*, Edice 1983, 18-23; se discute especialmente la pretensión de hacer del Sermón de la Montaña un conjunto de prescripciones de aplicación práctica inmediata (es decir, sin ningún género de mediación). Son interesantes también las reflexiones llevadas a cabo en el seno de la Iglesia Anglicana: Cf. J. A. PARKER (Ed.), *Los cristianos y las armas nucleares*, Ediciones HOAC, Madrid 1986: se trata de un informe preparado por un grupo de expertos por encargo del Sínodo General de la Iglesia de Inglaterra, el cual no fue asumido por ésta debido a la propuesta de desarme unilateral para este país; véase sobre todo en él lo referente al pacifismo (pp. 129-134) y al desarme unilateral y sus matizaciones (pp. 142-151).

carácter no teológico. ¿Se ha calibrado el riesgo que conlleva eliminar de pronto el equilibrio entre los dos bloques? Este equilibrio es todo lo inestable que se quiera, está basado además en armas terroríficas (el equilibrio del terror) ..., pero hoy por hoy es la base de las relaciones internacionales. Sería una imprudencia renunciar unilateralmente al sistema defensivo que le sirve de sustento y confiarse a la buena voluntad de la otra parte, precisamente cuando su superioridad se hace a todas luces evidente. Es verdad que ese equilibrio del terror no sólo se basa, sino que también alimenta una desconfianza mutua entre los pueblos (o más bien entre los gobiernos) que raya en lo irracional. ¿Está realmente justificada tal actitud? ¿No obedece, más bien, a la necesidad previa de crear un enemigo, que legitime después la carrera armamentista y los intereses que tras ella se ocultan? A pesar de todos estos interrogantes, una prudencia elemental impulsa a ser cautos y a no propugnar soluciones que, por precipitadas, pueden contribuir a desestabilizar más la situación. Y no se nos oculta que el prolongar este estado de cosas supone seguir alimentando el afán expansionista de las grandes potencias a costa del Tercer Mundo y de los sectores más desfavorecidos de nuestras sociedades desarrolladas⁶.

En resumen, ¿no estamos ante un verdadero dilema? La carrera armamentista, estimulada por los avances tecnológicos, nos ha metido en un proceso que parece irreversible: no hay más opción que mantener un sistema de defensa basado en las armas nucleares, cada vez más sofisticadas y costosas. La alternativa de decir no, sin paliativos, a continuar embarcados en esa aventura no es menos peligrosa por sus posibles consecuencias desestabilizadoras. ¿Habría otra salida?

Lo que tenemos que defender

El lema que han hecho famoso los pacifistas más radicales ("Antes rojos que muertos") sugiere que para ellos la vida es el valor supremo al que cualquier otro valor debe ser sacrificado. En Occidente se ha discutido muy a fondo dicha opción. ¿No se oculta ahí una valoración de la vida, que es sin duda encomiable, pero que la reduce a la mera supervivencia biológica? ¿Podemos contentarnos con vivir sin más, sea cual sea el régimen político y el contexto ideológico en que esa vida se desarrolle? La sociedad contemporánea ha llegado a estimar de tal modo todo ese conjunto de valores que se integran bajo el título genérico de **libertad** y autonomía, que apenas concibe como digna de vivirse una existencia en que los individuos y los pueblos se vean sistemáticamente privados de ellas. Jugando con las palabras cabría afirmar entonces: "Antes muertos que rojos", es decir, una vida sin libertades es una vida inhumana y algo, en consecuencia, que no merece la pena vivirse. A

(6) La pretendida razón de que la industria armamentista estimula el desarrollo y creación de puestos de trabajo ha sido suficientemente desmentida en estudios recientes, que demuestran que el efecto multiplicador de los gastos militares es inferior al de los civiles. Cf. A. VIÑAS, *Armas y desarrollo*, Información Comercial Española, n.º 592 (diciembre 1982) 69-88; A. VIÑAS, *Aspectos económicos de la paz*, Misión Abierta 76 (1983) 535-553; I. THORSSON, *Mantequilla y cañones: ¿puede el mundo tener ambas cosas?*, Revista Internacional Trabajo 102 (1983) 297-311; esta autora presidió el grupo de Expertos Gubernamentales creado en las Naciones Unidas para estudiar las relaciones entre desarme y desarrollo, cuyo informe final se resume en estas páginas.

primera vista puede parecer esto pura retórica. Encierra, sin embargo, un profundo contenido: el convencimiento de que las sociedades del siglo XX, a pesar de sus contradicciones y conflictos, poseen un patrimonio cultural y humano que no están dispuestas a perder a ningún precio, y, por tanto, se creen en el derecho y en el deber de defenderlo ante cualquier agresión interior o externa.

Este es, sin duda, el punto clave de discrepancia entre los pacifistas radicales y los partidarios de la defensa nuclear. Y no es casual el que aquellos procedan con frecuencia de grupos socialmente marginales o que mantienen una actitud radicalmente crítica y despectiva frente a las sociedades modernas. En el fondo ellos estiman poco lo que esta sociedad les ofrece de progreso y bienestar, y casi se fijan exclusivamente en sus indudables lacras: por eso, les basta con conservar la vida en toda su desnudez, con la secreta confianza de llegar un día a construir un sistema de convivencia totalmente diferente. Estamos pues ante un conflicto latente al interior del mundo actual: ese rechazo global de ciertos grupos (que se manifiesta, **entre otras cosas**, en el pacifismo radical) es percibido con inquietud por la parte más numerosa de la sociedad y provoca en ella reacciones que van desde el desprecio a la agresión. Quizás esta respuesta espontánea impida comprender lo que hay de más valioso en los movimientos pacifistas: sus actitudes no son muy representativas, pero constituyen un toque de atención hacia la falta de integración de las sociedades modernas.

Sin embargo, la cuestión central sigue siendo: como pueblo, como comunidad humana ¿tenemos algo que defender? Y no nos referimos ya al territorio, que es muchas veces lo primero que se contempla cuando se habla de defensa, sino a todo ese conjunto de valores más o menos plasmados en instituciones y costumbres que constituyen el ser de una nación o de una comunidad humana.

Los instrumentos de la defensa

Desde que aceptamos que hay cosas que defender colectivamente además de la vida estamos renunciando a entrar en el dilema de "vida o libertad". No tiene sentido hacer de ésta una alternativa excluyente: hay que defender la vida y la libertad⁷. A partir de este momento nos separamos del camino de los pacifistas radicales, **pero no del de todos los que se autodenominan pacifistas**. Y entramos en un nuevo debate: el que tiene por objeto no ya lo que hay que defender, sino **cómo** defenderlo, es decir, los medios a emplear en la defensa. Es aquí donde se está trabajando de una forma más fecunda en estos últimos años.

Cada vez es más clara la conciencia de que las formas de defensa son variadísimas. Se está demostrando, por tanto, la falsedad del dilema "o defensa nuclear o renuncia a toda defensa". Al mismo tiempo se comprende que "defensa" y "defensa militar" no son dos términos equivalentes. En el transcurso de los dos úl-

(7) Cf. A. HELLER - F. FEHER, *Sobre el pacifismo*, Editorial Pablo Iglesias 1985, 7-41.

timos siglos se había producido una creciente profesionalización de la guerra y, por tanto, de la defensa: éstas se habían convertido en competencia exclusiva de un grupo profesional, mientras que la sociedad civil llegó a desentenderse por completo de estas responsabilidades. La defensa basada en armas superespecializadas (como es el caso de las nucleares) constituye el techo de este proceso. Pero con un grave inconveniente: la progresiva marginación del ejército respecto a la sociedad, promovida por ambas partes (y es difícil calibrar más qué responsabilidad corresponde a cada una). Así se explica que en ciertas ocasiones sociedad y ejército tiendan a enfrentarse, global o parcialmente, y que en ese contexto lo militar derive en "militarismo", es decir, en la pretensión del aparato militar a asumir un control creciente sobre las vidas y la conductas de los ciudadanos⁸.

El abanico defensivo permite hoy hablar de tipos muy diversos⁹. Dentro de la **defensa militar** conviene distinguir entre **defensa nuclear** y **defensa no nuclear** (o infranuclear). Entre los que admiten la defensa militar, muchos optan por sistemas basados en armas convencionales y propugnan la renuncia incondicional al armamento nuclear. Todavía dentro de esa modalidad infranuclear puede hablarse de **defensa periférica** (que se establece en las fronteras para impedir el paso de un eventual invasor) y **defensa territorial** (que supone un sistema de pequeñas unidades armadas y dispersas por todo el territorio que impedirán la ocupación efectiva del mismo)¹⁰.

Todas esas son formas de defensa militar. Pero existen también formas de **defensa no militar** o **defensa civil**. Todas ellas coinciden en encomendar la defensa de la sociedad a los ciudadanos mismos. Y para ello no utilizan la vía de la militarización (milicias, movilizaciones): emplean a los ciudadanos en tanto que ciudadanos. Dentro de esta gama ocupa un puesto decisivo la **no violencia**, cuya característica específica es la renuncia a todo medio defensivo que se base en el uso de la violencia física (y, por tanto, rechaza el empleo de las armas cualesquiera que sean).

Aunque la no-violencia nació para hacer frente a situaciones de opresión dentro de la propia nación (recuérdense los casos de Gandhi o de Martin Luther King), hoy se aplica esta técnica defensiva prioritariamente a agresiones procedentes del exterior. En realidad la no-violencia no excluiría tampoco todo uso de la fuerza o la coacción, pero cuando echa mano de ésta no atenta contra la integridad física o moral de las personas. Por esta razón la no-violencia posee una superioridad ética sobre otras formas de defensa: su coherencia se manifiesta en la homogeneidad entre los medios empleados y el fin últimamente pretendido. Si éste es

(8) Cf. R. GRASA, *La defensa de España, el atlantismo encubierto y los modelos alternativos*, Mientras Tanto n.º 25 (diciembre 1985) 29-44, en especial 30-32.

(9) Para lo que sigue puede verse, V. FISAS ARMENGOL, *Una alternativa a la política de defensa en España*, Fontamara 1985, 85-110.

(10) Entre estas destaca el sistema de tecnocomandos: Cf. H. AFHELDT, *Verteidigung und Frieden. Politik mit militarischen Mitteln*, München 1976. Se discute esa fórmula en T. EBERT, *¿Tecnocomandos o defensa popular no violenta?*, Mientras Tanto n.º 23 (mayo 1985) 69-76.

la paz construida sobre la justicia, los medios utilizados no suponen ya una violación de la justicia porque mantienen el respeto a la persona del adversario. También la no-violencia se muestra más capaz de quebrar la espiral de la violencia, cuyas consecuencias ya sabemos que son imprevisibles. Por todas estas razones la no-violencia es eficaz, aunque su eficacia deba ser medida a largo plazo¹¹.

Hacia una concepción global de la defensa

Pero esta eficacia a largo plazo es lo que la hace, por el momento, insuficiente como para basar en ella toda la defensa de un país. Por eso la no-violencia, a pesar de sus ventajas de principio, no puede presentarse hoy como **alternativa** de defensa, sino sólo como **forma complementarla**. En el plan global de defensa, la no-violencia no puede quedar excluida.

Este es el camino por el que más se está hoy avanzando. Los tipos de defensa descritos, tanto militares como no militares, no son solamente un abanico de posibilidades alternativas sino un haz de elementos complementarios para la defensa de una comunidad. El enfrentamiento entre los que propugnan una defensa militar y los que son partidarios de fórmulas no militares se ha demostrado que ni garantiza la seguridad ni favorece la convivencia social: sólo contribuye a extremar posturas y a incrementar la ceguera de cada parte para comprender las razones de la otra. Aceptar, en cambio, la necesidad de la defensa hace preciso armonizar los distintos recursos de que la sociedad dispone sin marginar ninguno. Esto significa en la práctica incorporar la defensa civil a un plan de defensa global, así como diversificar las formas de defensa militar. Y es en esta línea en la que trabajan los gobiernos de muchos países. Quizás el parlamento sueco fue el pionero, ya que en 1971 puso en marcha una comisión para estudiar la integración de todas las fuerzas de defensa¹².

Esta integración hay que concebirla, además, de una forma **dinámica**. Supuesto que la seguridad y la defensa colectivas son objetivos de gran importancia en la vida de cualquier sociedad, hay que preferir los métodos no-violentos a los que usan la violencia, al menos en principio. Pero esta afirmación, que se fundamenta en razones morales, tropieza con el problema práctico de la eficacia. ¿Son suficientes los métodos no-violentos para garantizar el objetivo citado? En el actual estado de cosas parece difícil afirmarlo. Por eso estamos ante un proceso de largo alcance en el que hay que trabajar pacientemente por una progresiva sustitución de la defensa armada por la no-violencia. Por tanto, no se trata tan sólo de incorporar ésta a aque-

(11) Cf. I. BERTEN, *La non-violence comme alternative à la stratégie nucléaire. Enjeux éthiques et spirituels*, Supplément n.º 154 (septembre 1985) 59-68.

(12) Cf. L. BERGFELDT, *Suède: va-t-on intégrer la non-violence dans la défense?*, Alternatives non violentes n.º 55 (printemps 1985) 2-14. Más completo e interesante es C. MELLON - J. M. MULLER - J. SEMELIN, *La dissuasion civile. Principes et méthodes de la résistance non violente dans la Stratégie Française*, París 1985; se trata de un informe encargado a los autores, que son miembros del "Mouvement pour une Alternative Non-Violente", por la Fundación para los Estudios de Defensa Nacional (órgano del Ministerio francés de Defensa).

lla, sino de que los sistemas de defensa civil puedan ir poco a poco desplazando a los actualmente en boga.

Las formas de defensa civil

En este sentido no conviene interpretar como un trabajo meramente técnico la elaboración del plan de defensa global, al que aludimos antes: es ante todo, una tarea de integración de toda la sociedad en torno a un objetivo común compartido por todos. Volveremos sobre este punto. Pero ahora es preciso insistir en los aspectos técnicos de la defensa civil.

Los partidarios de esta fórmula suelen invocar ciertos movimientos de resistencia civil que operaron espontáneamente como respuesta a la ocupación de un territorio por una potencia agresora. La mayor parte de los ejemplos suelen tomarse de los países centroeuropeos durante la segunda guerra mundial¹³, pero también se cita con frecuencia el caso checoslovaco cuando la Primavera de Praga (1968), o el polaco con ocasión de la resistencia recientemente protagonizada por el sindicato "Solidaridad"¹⁴. Pero estos movimientos, con excepción del último mencionado, tuvieron un carácter espontáneo que hoy pretende ser sustituido por una estricta preparación y una verdadera organización. De ahí la proliferación de estudios ya aludidos.

En todos ellos se presupone que el objetivo de un posible invasor no se limita a la ocupación del territorio: incluye también el control y dominio de la población, en el terreno político, quizás en el ideológico y desde luego en el económico (explotación de los recursos naturales y humanos). La defensa civil da por sentado que a ninguna potencia militar le interesa ocupar un territorio cuya población le va a resultar incontrolable. Y es aquí donde basa su estrategia: en hacer incontrolable a la población. En el fondo es otra manera de **disuasión**: fundada, no en el temor y la amenaza de contraatacar, sino en la imposibilidad de conseguir el objetivo último de la invasión. Algunos prefieren hablar de **persuasión**: que el adversario llegue a persuadirse que nunca logrará dominar efectivamente al país que pretende atacar.

Para hacer eficiente esta respuesta hay dos tipos de actuación. Uno se caracteriza por una actitud decidida de **no colaboración**, que puede ir desde la simple resistencia pasiva hasta diversas formas de boicot y sabotaje, pasando por la huelga general o la destrucción de ciertos sistemas de información (indicaciones viarias, por ejemplo) y de comunicación. Otro tipo de actuación tendría por objeto la creación y mantenimiento de una **organización social paralela y clandestina**: el gobierno, la administración, los poderes locales, la policía ..., todo seguiría funcionando en la clandestinidad para garantizar la cohesión del pueblo al margen de las fuerzas

(13) Cf. C. MELLON y otros, l. c., 96-121.

(14) Cf. F. VAILLANT, *La résistance non violente d'Août 1968 en Tchécoslovaquie*, Supplément n.º 154 (septembre 1985) 23-39; AA.VV., *Pologne: la résistance civile*, Alternatives non violentes nn. 53-54 (hiver 1984), número monográfico.

ocupantes. Importante sería a este respecto la colaboración de todos aquellos que ocupan puestos de responsabilidad en este tejido clandestino¹⁵.

Como se ve, si todo esto funciona llegaría a crearse un vacío absoluto entre el pueblo y el poder ocupante. Cualquier iniciativa que contribuya a profundizar esta sima será bien recibida: cuanto mayor sea la desconexión entre las dos partes menos motivos habrá para persistir en la ocupación del territorio.

Las características de esta nueva concepción de la defensa

La integración de la defensa civil conjuntamente con la militar en un modelo globalizado de defensa modifica de una manera radical la configuración de ésta. No se trata sólo de añadirle nuevos elementos dejando intacto el resto (es decir, los componentes militares). Es todo el conjunto el que varía cualitativamente. Esto significa que la defensa militar admite diferentes enfoques y que cuando se acompaña de otras modalidades puede quedar despojada de aquellos aspectos que la hacen más criticables.

Vicente Fisas Armengol ha resumido bien lo que él denomina "Condiciones necesarias para una política de defensa alternativa"¹⁶. La contrapone a lo que considera rasgos típicos de la concepción tradicional de la defensa. Vamos a recorrerlas una a una a continuación.

1.ª) **Desnuclearización:** consiste en romper la espiral de la carrera armamentista. Incluye, para las potencias nucleares, el detener y reducir posteriormente el proceso nuclear, así como un compromiso de no usarlas en primer término (no dar el salto de las armas convencionales a las nucleares en el curso de un conflicto sin que nadie lo haya dado previamente). A los países que carecen de armas nucleares, se les pide desengancharse y no colaborar con la estrategia de las potencias nucleares y fomentar la creación de zonas desnuclearizadas (precisamente aquéllas que con más facilidad podrían convertirse en escenario de un conflicto)¹⁷.

2.ª) **No provocación.** Para esto es preciso abandonar la idea de "querer ganar la guerra" buscando una superioridad militar que incita al adversario a tomar la iniciativa. En la práctica esta condición exigiría la renuncia a las armas llamadas "de primer uso", es decir, aquellas cuyo empleo podría dejar sin capacidad de respuesta (contraataque) a la otra parte.

(15) Una descripción bastante completa sobre estas modalidades defensivas puede verse en C. MELLON y otros, *I. c.*, 131-182. La defensa popular armada y la no violenta se analizan respectivamente en B. RAVENEL, *Se défendre sans la bombe. Pour une alternative de défense populaire armée non nucléaire*, Supplément n. 148 (mars 1984) 86-104; F. VAILLANT, *Les aspects stratégiques et moraux de ce que pourrait être une défense populaire non violente*, Supplément n. 148 (mars 1984) 75-85.

(16) V. FISAS, *I. c.*, 22 y 50-78.

(17) Cf. V. FISAS, *El desarme en casa. Municipios desnuclearizados y desarme regional*, Fontamara 1985.

3.º) No amenaza. Esta condición completa la anterior y se traduce en establecer un sistema de defensa que sea estrictamente defensivo. Para ello hay que renunciar a las armas ofensivas, es decir, aquellas que, utilizadas como respuesta, pueden provocar un daño desproporcionado entre la población de la nación agresora. La defensa defensiva (como alternativa a la defensa ofensiva) es quizá el primer paso que habría que dar para iniciar la vía de la distensión¹⁸.

4.º) Reducción del papel de las alianzas y pactos militares. Estas alianzas tienden a agrupar a todas las naciones, o a la mayoría de ellas, en dos bloques antagónicos y a pensar las relaciones internacionales siempre en términos de equilibrio precario entre ellas¹⁹. En el caso de Europa, la división es llamativa y hasta artificial. ¿Cuándo seríamos capaces de pensar en una Europa unida, destacando más lo que existe de común en todos los pueblos del continente que lo que nos separa? Cualquier iniciativa que busque el acercamiento entre los pueblos de un lado y otro, al margen de los enfrentamientos políticos e ideológicos entre gobiernos, contribuirá a interpretar las relaciones intraeuropeas con un enfoque mucho más esperanzador²⁰.

5.º) Desvinculación de las grandes potencias. Va en la línea de la anterior, pero supone también la voluntad de no convertirse en aliado de la política agresiva desarrollada por las superpotencias. Tanto esta condición como la precedente conducen a una postura de neutralismo, reduciendo el peso de las grandes potencias y contribuyendo a una mayor igualdad en las relaciones entre los pueblos.

6.º) Desestimular el rearme. La carrera armamentista no es exclusiva de las superpotencias; ha contagiado a muchos gobiernos, que destinan recursos cada vez mayores (y muy por encima de sus posibilidades) a acumular armas. Este proceso, que se ha acelerado coincidiendo precisamente con la crisis económica mundial, conlleva una indudable reactivación de las tensiones internacionales. Desactivar esa carrera es una tarea hoy más urgente porque supone, ante todo, reducir el papel de las armas en la defensa y buscar otras vías para garantizar la seguridad colectiva; pero además esta línea de actuación permitirá reducir los gastos y reorientar la investigación tecnológica en favor de la paz, aunque tropezaría con la no fácil cuestión de la reconversión de la industria armamentista.

7.º) Eficacia. Este nuevo modelo global de defensa conlleva una nueva definición de la eficacia: ésta consistirá en impedir, no precisamente la invasión, sino más bien el asentamiento y el control estable de la población. Según este nuevo en-

(18) La "Iniciativa de Defensa Estratégica" pretende haber adoptado esta nueva orientación. Pero eso es muy discutible, como hemos intentado mostrar en el artículo citado más arriba (nota 1).

(19) Cf. M. KALDOR, *Más allá de los bloques. OTAN: De la seguridad al rearme*, Fontamara 1986, en especial los capítulos 1.º y 2.º.

(20) En esta línea algunos grupos pacifistas han puesto en marcha una iniciativa muy concreta: los llamados **contratos personales de paz**. Los firmantes, personas o grupos, se declaran su lealtad mutua y su compromiso común de luchar por la paz y de negarse a secundar los planes de guerra, aunque sus países respectivos estén inmersos en una confrontación entre bloques. Cf. R. GRASA, *La Convención de Perugia: el movimiento por la paz europeo tras el inicio de la instalación de los euromisiles*, Mientras Tanto, n.º 21 (diciembre 1984) 91-111, en especial 105-106.

foque, la eficacia dependerá menos del aparato militar y más de factores tales como la cohesión social, la identificación con unos objetivos compartidos de forma colectiva y el grado de satisfacción con la sociedad en que uno vive.

8.º) Invulnerabilidad interna y capacidad de decisión nacional. El desacoplamiento de las grandes potencias y de los bloques permite recuperar el protagonismo de cada nación, aun de las más pequeñas. Y esto contribuye, a su vez, a la cohesión interna y a una mayor conciencia de la responsabilidad de todos en la defensa.

9.º) Reducción de la cultura militarista. Si la profesión y el estamento militar son necesarios a toda sociedad que quiera asegurar hoy su defensa, ese cierto monopolio militar en política defensiva, tan típico de nuestro tiempo, no beneficia a ninguna sociedad. Es más, el modelo militar tiende a imponerse como única manera de resolver todo conflicto interno o externo. Buscar otras vías para dirimir esos conflictos ayudará a que lo militar se sitúe en su verdadero puesto, sin invadir ámbitos de la vida social que no le correspondan.

10.º) Contribución a la seguridad internacional. Puede considerarse ésta última condición como englobante de las anteriores: una política defensiva será aceptable si, al tiempo que garantiza la seguridad nacional, no atenta contra la seguridad internacional, sino que más bien tiende a consolidarla. Muchas políticas defensivas aumentan el riesgo de guerra o el nivel de tensión internacional: en esos casos la seguridad nacional se consigue a costa de la internacional. No es ese el camino de la paz. La paz se construye sobre el esfuerzo común de los pueblos en pro de la cooperación y de la justicia, de la resolución de los conflictos por la vía política de la negociación.

Es cierto que la defensa no suele concebirse en los términos que acabamos de exponer. Probablemente la razón hay que buscarla en la unilateralidad de confiarla sólo al aparato militar. Por eso sacarla de esa estrechez de miras será el mayor servicio que nos quepa hacer a las generaciones que nos sigan. Sin embargo esta tarea está sembrada de obstáculos que conviene analizar.

Los grandes retos de una defensa global

Lo esencial de todo cuanto llevamos dicho es que este modelo de defensa global exige devolver a la sociedad el protagonismo central en su propia defensa. Pero esta es una de las cosas que no se consiguen mediante una medida legislativa o gubernamental. Hace falta que la sociedad asuma efectivamente esa tarea que se le encomienda, y esto no es fácil. Basta analizar objetivamente los hechos para vencerse de ello. Por tanto, este es el **gran desafío** de la defensa civil. ¿Estamos, pues, ante una pura utopía? Muchos lo creen así, y por eso se desprecian todos los esfuerzos que se orientan por ahí.

Sin embargo, parece que es la única salida realista que tiene el actual estado de cosas. Por eso cada día son más numerosos los que se interesan por esta alternativa, aunque estén convencidos que esta tarea exige un cambio radical de ciertas actitudes muy extendidas en nuestra sociedad.

Desde un punto de vista negativo, dos dificultades sobresalen. En primer lugar, la falta de cercanía psicológica con respecto a la situación en que habría que ejercitar la defensa. La experiencia demuestra que un pueblo, cuando se ve irremisiblemente abocado a vivir sometido a otro, pone en acción una capacidad de resistencia que era imprevisible en tiempos de paz. Hoy por hoy, tales situaciones no se vislumbran como cercanas en nuestro entorno. Podría decirse que el peligro de un conflicto bélico es más agudo que nunca: pero eso no es percibido psicológicamente por las masas, que, ya sea de forma consciente ya inconsciente, tienden a no preocuparse por el tema. Y en todo caso si el conflicto sucediera, todos nos sentimos absolutamente impotentes para actuar con cierta eficacia. Es un tema que nos desborda. Mejor, por tanto, olvidarlo, dejándolo en manos de quienes tendrían alguna capacidad de actuación.

Una segunda dificultad procede de la escasa integración de nuestras sociedades desarrolladas. No se puede decir que estemos atravesando por una fase de satisfacción colectiva. La crisis económica ha contribuido a que tomemos conciencia de la fragilidad de las estructuras de nuestro bienestar. Y al mismo tiempo la misma consistencia de ese bienestar está siendo cuestionada.

¿Merece la pena apoyar este modelo de sociedad? El pasotismo de ciertos grupos podría ser algo más que un hecho anecdótico (de gente extravagante) y sugerir una crisis más profunda de nuestra sociedad. Sobre estos supuestos es difícil hablar de cohesión social, de sociedad integrada. ¿Cabe entonces seguir pensando en la defensa civil?

Pasemos de estas dificultades analizadas a lo que implica positivamente la defensa civil. Suele sintetizarse en el concepto de **espíritu de defensa**. Ha sido definido como "las disposiciones que manifiestan los ciudadanos de un país respecto a su eventual participación en la defensa del país contra amenazas de orden militar que podrían poner en peligro su existencia, su independencia o sus valores esenciales"²¹. Así entendido, suele hablarse de una crisis del espíritu de defensa: al margen de lo que se pueda opinar sobre la conveniencia de defender ciertas cosas o ciertos valores, no es frecuente encontrar personas que estén dispuestas a arriesgar mucho (¿la vida?) en esa defensa. Quizá aquí los medios empleados en la defensa tienen que ver con las motivaciones para ésta (o con la falta de motivaciones). En efecto, cuando la defensa se vincula espontáneamente con armas de destrucción masiva, el espíritu de defensa queda muy debilitado. Apenas se le ve sentido a

(21) C. MELLON, *Réflexions sur l'esprit de défense*, Alternatives non violentes, n.º 52 (été 1984) 11-18. En la página 13 de este artículo, en el que nos inspiramos para lo que sigue, está la definición transcrita. Cf. también C. MELLON y otros, l. c., 153-158.

defender a ese precio. Merece la pena arriesgar algo, incluso perder la vida, en aras de un ideal del que puedan salir beneficiados otros. Pero cuando este riesgo no se corre de forma particular, sino colectiva, cuando el peligro es la aniquilación total, entonces ¿qué valor tiene semejante holocausto? Y ésta es la situación a que podríamos vernos abocados por las armas nucleares.

Por eso el sustituir los sistemas defensivos nucleares por otros convencionales no carece de importancia. Ayudaría a una recuperación social del espíritu de defensa. Se explica, por consiguiente, que algunos grupos pacifistas propugnen hoy políticas defensivas en este sentido y deploren la escasa atención que han prestado hasta ahora al armamento convencional²². Este es un indicio más de la importancia que va teniendo una estrategia gradual de modificación de los sistemas defensivos vigentes, en la cual los movimientos pacifistas cada día se interesan y se comprometen más, dejando al margen los maximalismos de antaño. Este proceso de evolución progresiva desde la defensa nuclear a la defensa civil es lo que se llama **transarme** (como alternativa al **rearme**, y como complemento al **desarme**). Este término puede servir como síntesis donde confluyen la inmensa mayoría de los esfuerzos que se vienen haciendo en la actualidad en favor de la paz.

Conclusión: tareas pendientes para los creyentes

Las reflexiones que preceden son suficientes para valorar la importancia de lo que está en juego. Quisiéramos concluir estas páginas enumerando algunas tareas a las que estamos llamados como ciudadanos y especialmente motivados como cristianos.

1.^º) Hay que partir de un presupuesto incuestionable: la no violencia es más evangélica que la violencia, cualquiera que sea la forma adoptada por ésta. Jesús nunca rehuyó el conflicto, pero sus actitudes son una muestra bastante aproximada de lo que hoy llamamos no violencia. Ese ideal debería orientar nuestros esfuerzos, tanto en el ámbito personal como en el modelo de sociedad por el que luchamos. Pero hay que reconocer que la aplicación de este principio no siempre es fácil en la práctica.

2.^º) Conviene superar ciertas actitudes un tanto despectivas o escépticas frente al pacifismo, que son probablemente una reacción explicable ante los modos extremistas con que estos grupos suelen presentarse. Es preciso discernir lo que hay de mensaje válido incluso en las manifestaciones más radicales, pero sobre todo descubrir la variedad de planteamientos que se ocultan bajo la etiqueta de "pacifismo". El material suministrado en este artículo puede ayudar a iniciar dicha tarea.

(22) R. GRASA es un ejemplo, haciéndose eco de la convención del movimiento europeo por la paz en Perugia (1984). Cf. I. c. (nota 20), 106-108.

3.º) Hay que comenzar interesándose por el tema, no considerándolo como una cuestión de especialistas o de colectivos más o menos "snobistas". Especialmente esta recomendación atañe a los creyentes, que tan reacios suelen ser a conectar el contenido de su fe con los datos más complejos, y a veces inabarcables, que les ofrece la realidad de cada día. No nos gusta ese esfuerzo por la información en el que parece diluirse lo más genuino de nuestra fe (que solemos llamar el talante profético de la misma).

4.º) En íntima conexión con el punto anterior se sitúa la necesidad de llegar a un equilibrio entre pragmatismo y utopía. El pragmatismo obliga a partir de la realidad en lo que tiene de más ingobernable y rebelde frente a nuestros ideales: en este campo que estudiamos tendríamos que tomar muy en cuenta tanto el equilibrio inestable en que vive el mundo bajo la amenaza de las armas modernas, como la indiferencia y falta de conciencia ante el tema de la inmensa mayoría de la gente. Pero la utopía de la paz y esos ideales que tantas veces se desprecian por irrealizables (por ejemplo, todo lo relacionado con la defensa civil) deben aguijonearnos para avanzar en la búsqueda de nuevas soluciones sin resignarnos a los planteamientos de siempre (defensa militar, carrera armamentista). El equilibrio entre pragmatismo y utopía nos llevaría a considerar atentamente y a trabajar pacientemente en ese largo proceso que se llama transarme.

5.º) La tarea de construir la paz no puede limitarse al problema de la defensa, por muy modernamente que entendamos ésta en términos de defensa global. Se ha dicho muchas veces que no hay paz estable sin justicia social. A la vista de nuestras reflexiones tendríamos que insistir en este momento en todo lo que conduzca a una mayor integración y cohesión de la sociedad: que ésta sea cada vez más el hogar apetecible para todos sin exclusiones y de la más auténtica libertad. Una sociedad desintegrada, con conflictos seculares sin resolver, llena de desigualdades y de enfrentamientos, es una sociedad indefensa en un doble sentido: ni tiene recursos para defenderse, ni siquiera motivaciones para ello.

6.º) La defensa debe concebirse en una perspectiva solidaria. Es cierto que el término mismo siempre presupone la existencia de un adversario, al menos potencial. Sin embargo es preciso no alentar la aparición de adversarios nuevos, ni actualizar a los que sólo son potenciales, ni menos crearlos ficticiamente. En este sentido interesa fomentar los contactos entre los pueblos, tanto más cuanto más enfrentados entre sí estén sus respectivos gobiernos, y contribuir a la distensión destruyendo falsas imágenes que a veces han sido interesadamente creadas.

7.º) Es deseable dar una participación mayor en la vida social, y concretamente en todo lo referente de modo directo o indirecto a la defensa, a los grupos integrados dentro del movimiento por la paz. No limitarse a tolerarlos o a respetar opciones personales. Un caso significativo podría ser el de los objetores de conciencia. Muchos de ellos (y cada vez parece serán más) estarían en condiciones de incorporarse a iniciativas en favor de la defensa civil: son tantas las cosas que

habría que hacer para cambiar la conciencia de la sociedad en este punto, que es lástima que ese colectivo de personas motivadas para ello se desaproveche sin más.

8.º) Por fin, hay que fomentar a todos los niveles las actitudes que harán posible un mundo en paz. Dos destacaríamos: la tolerancia (elemental para convivir en una sociedad heterogénea y plural) y la capacidad de resolver los conflictos por medios pacíficos y usando la negociación (porque no se trata de cerrar los ojos a los conflictos inevitables, sino excluir la violencia en ellos). Cuando estas actitudes se generalicen, la guerra, sea nuclear o convencional, empezaría a alejarse de nuestros horizontes.

Ildefonso Camacho